





# EN BUSCA DE MI OTRO YO



Gustavo Marcelo Farias

EN BUSCA DE MI OTRO YO



Primera edición: junio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Gustavo Marcelo Farias

ISBN: 978-84-17362-74-4

ISBN digital: 978-84-17362-75-1

Depósito legal: M-16857-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A esas personas desprotegidas, a las que las circunstancias de la vida les niega los afectos y la protección necesaria para una vida plena, por el solo hecho de padecer alguna enfermedad mental.  
A los que sueñan y van atrás de ellos sin perder esperanzas.  
A los niños y viejos desamparados, sin la atención merecida, falto de cariño, de ternura que le impide ver la belleza de la vida.  
A esas personas cansadas, no siendo valoradas ni recompensadas.  
A los que la sociedad estigmatiza de locos y los encierran en lugares apartados de la sociedad.  
A esos poetas que con sus versos nos permiten sentir y comprender más allá de las meras abstractas palabras y encontrar el sentido de la vida.  
A Adela René De Dios, mi madre.*





## Capítulo I

—Menelao, ¿me podrías llevar mañana? —preguntaba Octavio.

—¿A dónde quieres ir? —decía Menelao.

—¿Si me puedes llevar a un psicoanalista? —preguntaba Octavio.

—¿Te sientes mal, Octavio? —decía Menelao.

—No, no es para mí. Es para Freud —decía Octavio.

Menelao se quedaba mirándolo un poco sorprendido y estupefacto como si su expresión dijera que realmente necesita un psicoanalista urgente.

—¿Y qué pasa, Menelao? —decía Octavio—. No me has dado ninguna respuesta.

—Sí, claro, Octavio, que puedo, pero discúlpame que no entendí bien, ¿tú necesitas ir? —volvía a preguntar Menelao.

—¡No, Menelao! —decía Octavio—. Es para mi perro.

—¡Ah, está bien, Octavio! ¡Ahora comprendo! —decía Menelao.

—¿Y por qué quieres llevar a tu perro al psicoanalista? —preguntaba Menelao.

—Porque parece que tiene alguna enfermedad, en dos semanas mató cinco gatos en el patio de casa. Parece que se cruzaban, que eran de mi vecino —decía Octavio.

—¡Ah, entiendo! —decía Menelao—, ¿tú piensas que debes llevarlo a un psicólogo?

—¡Así es, Menelao, para mí que tiene un trauma Freud! No puede ser que gato que vea, se lo devore —decía Octavio.

—¿Tú dices, Octavio, que Freud tendría un complejo con otra especie? —preguntaba Menelao.

—¡Así es, como tú dices, mi querido Menelao! —decía Octavio.

—Entonces, Octavio, me estás haciendo pensar que yo también tendría que buscar una solución con un psicoanalista. Tú que sabes mucho de psicoanálisis y de ciencias humanistas y que te especializas en antropología, ¿te podría hacer la siguiente cuestión para ver si las plantas de mi mujer Atenea necesitan llevarlas a un psicoanalista? —decía Menelao.

—¿Por qué Menelao dices lo que dices? —preguntaba Octavio.

—Porque ella se vive quejando de que las plantas que están en el jardín en el invierno se le ponen feas, se le marchitan —decía Menelao.

— Sí, puede ser que necesite también, porque tendría un problema con el frío — comentaba Octavio—. Cuando fueron plantines no superaron esa etapa cuando maduraron.

Menelao lo escucha con cierta precaución por lo que lo mira y le dice:

—Escúchame, Octavio, tú perro debe tener un complejo de inferioridad y es por eso que odia a los gatos —decía Menelao.

—Pero todavía no entiendo el porqué de ese complejo si yo a Freud siempre lo crie con alimento para gato y por las dudas que tuviese hambre le daba leche — decía Octavio.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Octavio? — preguntaba Menelao.

—¡Si adelante con tu pregunta Menelao! — decía Octavio.

—¿Tú has ido a algún psicoanalista? —preguntaba Menelao.

—¡No, todavía no, por ahora es mi perro el que necesita que lo lleve a un psicoanalista! —respondía Octavio—. Yo pienso con unas pocas sesiones, Freud se pondrá bien.

—¡Octavio, a lo mejor tú perro tendría que escuchar la música que hacemos! —decía Menelao.

—¡Podría ser Menelao! —decía Octavio.

—¿Y qué tipo de música hacen ustedes? ¿Quién es el que canta? —decía Octavio.

—Bien (...).

Sonaba el teléfono de Menelao. Este no lo escuchaba hasta que al final se despertaba y medio dormido atendía.

— ¡Hola, hable! —decía con los ojos cerrados Menelao.

— ¡Menelao! —decía José Luis.

— ¡Hola, José Luis! —decía Menelao—. ¿Qué pasa?

—¿Estabas durmiendo? —preguntaba José Luis.

— ¡Así es, pero ya me estaba por levantar! —contestaba Menelao.

— ¡Disculpa por haberte despertado, Menelao! —decía José Luis.

—No te preocupes, José Luis —decía Menelao.

—Llamaba para decirte que esta noche nos juntamos a ensayar porque mañana no nos vamos a poder juntar —decía José Luis.

— ¡Bien, José Luis, no hay problema! —decía Menelao.

— ¡Perfecto, entonces nos vemos más tarde! —decía José Luis.

— Bien, nos estamos viendo —contestaba Menelao.

Después de cortar la comunicación, Menelao se levantaba y se iba a dar un baño.

Llegada la noche saludaban los músicos a José Luis que ya estaba en el lugar, mientras iban llegando al ensayo. Cada uno asía sus instrumentos y se empezaban a preparar para empezar con el ensayo.

— ¡Disculpame que te desperté hoy Menelao! —decía José Luis—, pero mañana no puedo juntarme.

— ¡No te preocupes, José Luis, me vino bien tu llamada para despertarme! —decía Menelao.

— Bien, Menelao —decía José Luis— ¿Estamos todos listos para empezar?

— ¡Dame un minuto, José Luis! —decía el baterista.

— Bien, ¿el resto?, ¿cómo estamos? —decía José Luis.

— Listo, José Luis —decían los restantes de los músicos.

— ¡Ahora estoy listo! —decía el baterista.

— Empecemos —decía José Luis mirando al maestro de la banda.

—Uno, dos, tres —decía el director y empezaban con la primera canción del ensayo.

Estuvieron ensayando por dos horas sin parar hasta que llegó el descanso.

—He decidido cambiar algunas fechas en mi calendario dado que la próxima gira por América la vamos a empezar dentro de tres meses y de ahí volvemos a España para terminar aquí en nuestro país —decía José Luis—. Esta gira tendrá algo distinto a las otras ya que, además de la presentación del nuevo disco, va a ver algunas sorpresas.

Mientras estaban en el descanso conversando con sus músicos y de los próximos proyectos, irrumpía el teléfono móvil de José Luis con una llamada. José Luis se acercaba dónde estaba su teléfono y lo hacía mirando en su pantalla que era de un número desconocido.

—¡Sí, hable! —decía José Luis.

—¿Con don Perales? —decía un representante.

—Así es, José Luis en el teléfono —decía José Luis.

—¡Un gusto, es Zenón quien le habla! Lo llamaba porque un representante suyo me cedió su número. Soy un representante del director de una productora y se quería comunicar con usted —decía Zenón—. Quería saber qué posibilidades tiene usted de juntarse para un proyecto próximo.

—¡Un gusto contactarme con usted, Zenón! —decía José Luis— Me gustaría hacerlo lo más rápido posible. Deme un segundo, ahora estoy justo en un ensayo. Podría ser dentro de una semana.

—¡Perfecto, don Perales! —decía Zenón—. Le avisaré a él para que se comunique con usted.

—Bien, don Zenón, estaré esperando ese llamado con gusto —decía José Luis.

—¡Muchas gracias! Fue un gusto hablar con usted, don Perales —decía Zenón—. Muy amable.

—¡Lo mismo digo yo, don Zenón! —decía José Luis—. Que tenga buenas noches.

Luego de cortar la llamada, José Luis volvía a la sala de ensayo para continuar.

Iban a continuar por una hora más, luego se despedirían y cada uno regresaría a sus respectivos hogares.

—Bien, gente, hasta aquí llegamos —decía José Luis—. Suficiente por hoy. Le agradezco. Me gustó mucho cómo salió. Si seguimos así, os aseguro que vamos por buen camino. El próximo ensayo será el próximo viernes.

Dicho eso se saludaron, cada cual dejó su instrumento como acostumbraban a hacer con ellos y se fueron.

Era un triste día, que daba el indicio para la reflexión. Dos amigos íntimos se encontraban en la sala de estar de la casa de uno de ellos, que con sus ventanas grandes se podía atisbar el cielo con unas nubes que viraban del azul al gris.

Conversaban como era habitual entre ellos una vez al mes. Era muy importante esa reunión y en ese día dejaban sus actividades para pasar un rato en amistad.

—¡Estoy arrepentido de no haber tenido otro hijo! —comentaba uno de los hombres a su amigo.

—¿Por qué no tuviste otro hijo? —le preguntaba el amigo Sófocles.

—Porque, Sófocles, en ese momento no lo iba a poder mantener, no le iba a poder dar todas las necesidades básicas que merecería —decía Eurípides—: una buena educación, una alimentación saludable, una vida cómoda... y que no tuviera necesidades.

—Pero, Eurípides, eso sería lo que tú pensarías —decía Sófocles.

—No, Sófocles, pasar necesidades es muy duro cuando sucede desde niño. Te condiciona luego para el resto de la vida —decía Eurípides—. Tú podrás decir que no siempre es así, pero lo es.

—Eurípides, hay gente que en su infancia ha tenido necesidades extremas y se han convertido en personas felices cuando han sido adultos —decía Sófocles.

—Pero, Sófocles, esos casos que tú me hablas, si bien es cierto, pero son excepciones, son muy pocos casos. La mayoría queda estigmatizada. El dolor si bien es pasajero, pero las consecuencias que produce a la larga en la vida del individuo deja su impronta —decía Eurípides.

—¡Eurípides, cuando somos niños, igual cuando somos grandes, el dolor siempre va a estar presente, es algo que no depende de nosotros! —decía Sófocles.

—Sí es cierto lo que tú dices, Sófocles, pero cuando se puede evitar, hay que hacerlo. Si tú sabes que agarrar un hierro caliente te va a quemar y lo puedes evitar, ¿lo asirías diciendo que igual en la vida siempre está el dolor presente? —cuestionaba Eurípides.

—¡No, lo evitaría, Eurípides! —decía Sófocles—, pero es distinto aquí, porque es algo material y nosotros estamos hablando de personas.

—Es así como tú dices, mi querido Sófocles, estamos hablando de personas que son todas diferentes y se comporta de diferentes maneras. Por eso no podemos comparar que a algunas no les afecte vivir en condiciones desfavorables, dado que hay personas, como dije al principio, que llevan el estigma toda la vida —decía Eurípides—. Por eso si se puede evitar, hay que evitarlo. Es por eso por lo que no quise tener otro hijo en ese momento por mi condición económica. ¿Acaso se puede negar que lo económico nos condiciona, que todo pasa por lo económico?

—No comparto lo que tú dices con respecto a lo económico, Eurípides —decía Sófocles.

—¿Por qué, Sófocles, no compartes lo que digo? —decía Eurípides.

—Porque cuanta gente vive que le sobra bienes materiales y no es feliz —dice Sófocles.

—Mi querido Sófocles, yo no estoy hablando de quien es feliz. Yo digo que lo económico te condiciona. La persona sin lo básico, que le falte lo imprescindible, no puede vivir. Si no se tiene agua potable, ni alimento, ni vivienda, ni vestimenta, es imposible vi-

vir —decía Eurípides—. Estamos hablando de las necesidades y viendo cuán importante es lo económico. Aristóteles, un brillante pensador ya en su tiempo, lo había anticipado, que lo material es indispensable para la vida. Es innegable.

»Dime, Sófocles, si lo material no fuera importante y no moviese el mundo, aparte de otras condiciones que también lo son en cuanto importancia, ¿para qué serían importantes los bienes materiales para las personas que son religiosas?

—¡No entendí la pregunta, Eurípides! Por favor, ¿me la podría repetir? —decía Sófocles.

—No te preocupes, Sófocles. ¿A la gente que pertenece a una religión le interesan los bienes materiales? —decía Eurípides.

—¡Sí, claro, Eurípides, a los religiosos obviamente que le interesa los bienes materiales! —decía Sófocles.

—Entonces podemos argüir que, si las personas que dicen tener una cierta inclinación a lo que es espiritual, le interesan los bienes materiales, concluimos que la pecunia es muy importante para el hombre —decía Eurípides.

—Sí es tan importante, Eurípides, eso no lo sé —decía Sófocles— Es importante, pero de ahí a que le des demasiada importancia, realmente no lo sé — decía Sófocles.

—Fíjate, Sófocles, si son muy importantes las riquezas para los creyentes con esta cuestión: ¿Ellos darían, no digo todos los bienes sino un poco nada más, de lo que tienen a los necesitados? ¿Invitan a su casa o llevan alimentos a los que no tienen? ¿Regalan parte de su tiempo para ir a hacer una beneficencia a quien la necesita? ¿Regalan su mejor atuendo a los que necesitan vestido o le dan los que ya están en desuso?

»Cuando hablo si regala o ayuda, no solamente abarca a las personas necesitadas desconocidas sino a personas cercanas, hasta podría ser un amigo muy cercano. ¿Prestan atención a sus necesidades o prefieren decir: «si necesitas algo, cuenta conmigo»? — cuestiona Eurípides.

—¡Sí, Eurípides, está en lo cierto! —decía Sófocles—. Ahora pensando y viéndolo de otra perspectiva, el ser humano tiene la

tendencia de hablar mucho, dar el mejor discurso posible, pero en cuanto a obras estamos distantes. Todo lo que fuera en hacer obras nos alejamos.

—Es así, mi querido Sófocles, cuántas personas se han suicidado, hasta niños, por no tener las necesidades básicas. Que han sufrido el dolor del hambre hasta las últimas consecuencias. Y esta sociedad, en vez de ayudar, lo que ha hecho es darle la espalda. Luego quiera justificar esos hechos diciendo que las personas que se han quitado la vida es porque les han faltado lazos afectivos. Si bien es cierto que eso es una causa, pero no la única. Aparte van de la mano porque darle afecto es darle lo que necesita. Nadie podría decir «yo le tengo afecto a esta persona» y ser indiferente a ella —decía Eurípides.

—¡Muy fructífero este encuentro, mi querido Eurípides! —decía Sófocles.

—¡Lo mismo digo yo, Sófocles! —decía Eurípides.

—Eurípides, volviendo con la posibilidad de tener un hijo, ¿qué pasó con ese deseo? —preguntaba Sófocles.

—¿Cuál es la pregunta Sófocles? ¿Cuál deseo? —preguntaba Eurípides.

—¿Si todavía tienes el deseo de tener otro hijo? —pregunta Sófocles.

—¡Hablas, Sófocles, como si tuviera el milagro! —dice Eurípides.

—¡Todo es posible, Eurípides! —dice Sófocles.

—¿Cómo que todo es posible, Sófocles? —dice Eurípides.

—¡Claro, mi querido Eurípides, que es posible!, solo basta proponérselo —dice Sófocles—. No me has contestado a la pregunta.

—¿La de tener otro hijo? —pregunta Eurípides.

—Así es, Eurípides, ¿quieres aun tener a ese hijo? —dice Sófocles.

—¡Si fuese por querer, lo quiero! —dice Eurípides—, pero no depende de mí.

—¡Claro que depende de ti, es tu decisión, Eurípides!



—Si fuera solamente decir que sí y viniese como arte de magia te diría que sí.

—¡Entonces lo vas a tener, Eurípides! —dice Sófocles.

—¿Y cómo va a ser posible eso Sófocles? ¿Tienes la varita mágica? —dice Eurípides.

—¿Confías en la ciencia, Eurípides? —pregunta Sófocles.

—¡Obviamente, Sófocles, que confió en la ciencia! —dice Eurípides.

—¡Entonces la ciencia hará realidad tu sueño, Eurípides! —dice Sófocles.

—¿Y cómo la ciencia lo hará, Sófocles? —preguntaba Eurípides.

—¡Deja en mano de un buen científico que te traerá ese hijo que no quisiste tener en su momento y ahora tiene el acceso a eso! —decía Sófocles.

—¡Como buen científico que tú eres no cabe duda, lo atestigua tu buena reputación internacional que tienes, pero quien quita como ser humano nuestra condición falible! —decía Eurípides.

Eurípides estaba un poco confundido y con cierta emoción, ya que existía la posibilidad de que su arrepentimiento dejara de serlo. Mirando a su amigo Sófocles, pensaba dejándose seducir por su científico amigo. En esa reunión, más que de un encuentro, se iba a producir una decisión seria.

—Una vez, Eurípides, me comentaste de tu hijo Marcus —decía Sófocles—, que está buscando tener un hijo y que no puede tenerlo.

—¡Sí, Sófocles, es así como tú dices! —dice Eurípides.

—Te aconsejaría que pruebe con inseminación artificial, que de esa forma puede su mujer quedar embarazada —dice Sófocles.

—¿Y cómo hago? —pregunta Eurípides.

—Convence a Marcus de que le comente a su esposa la posibilidad de que se decidan por una inseminación —decía Sófocles.

—¡Bien, Sófocles, lo intentaré! —decía Eurípides.

—¡Perfecto, Eurípides! —decía Sófocles—. Es momento para marchar ahora. En el próximo encuentro seguimos con la discusión que empezamos hoy.



—Bien, Sófocles, te acompaño hasta la puerta —decía Eurípides. Llegaban hasta la puerta y se despedían.

—¡Gracias, Sófocles, por tu visita! —decía Eurípides.

—¡Muchas gracias a ti, mi querido Eurípides, por recibirme! —decía Sófocles—. Estamos en comunicación.

Después del saludo partía Sófocles rumbo a su casa.

Mientras que iba en viaje, Sófocles empieza a pensar que podría clonar a Marcus y ponérselo ese ovocito a la misma mujer, su esposa, y que nadie iba a sospechar.

José Luis caminaba a su casa, a veinte minutos quedaba su casa del lugar del ensayo. Mientras se dirigía despacio, lo hacía pensando en lo que había hecho en el día. Se detenía en el camino frente a una casa, le llamaba la atención que en el frente de la fachada de la casa, en un lugar privilegiado de la pared, a la manera de un retrato, había una imagen que la cambiaban todos los días, y los últimos tres días habían cambiado a rostros de personas dando a entender las distintas emociones. Él se detenía y se preguntaba:

—¿Será al azar estas emociones o marcarán el estado anímico de ellos? Pero si fuera así, ¿para qué quieren dar a conocer su estado anímico? —se cuestionaba José Luis.

Después de reflexionar acerca de lo que le estaba llamando la atención, seguía su rumbo.

Seguía caminando al igual que pensando y esta vez se preguntaba:

—¿Cuál será ese proyecto del cual hoy me llamaron? —pensaba José Luis.

Finalmente, entre pensamientos llegaba a su casa caminando. Ponía su pulgar de la mano derecha en el sensor de huellas digitales, se abría la puerta e ingresaba a su hogar.

Se encontraba con su mujer y se saludaban. Ella como siempre lo esperaba con la cena, ya que sabía la hora a la que llegaba él a su casa.

—José Luis, ¿cómo te fue hoy? —preguntaba su mujer.



—¡Bien, Penélope! —contestaba José Luis—. Realmente los músicos son estupendos. Responden a mis necesidades. Ya estamos casi listos para la próxima gira que se aproxima.

—¡Me alegro cariño de que vaya todo bien! —decía Penélope.

—Hoy también me llamó un representante de una productora para un proyecto que tiene conmigo —decía José Luis.

—¿Sobre qué versa? —preguntaba Penélope.

—No sé, Penélope. No pudimos hablar porque le comenté que estábamos ensayando. Me dijo que la semana que viene iban a contactar conmigo —decía José Luis.

—¿Dijo que productora era? Si era de televisión, radio, entretenimiento... —decía Penélope.

—No, no me dijo nada, Penélope —contestaba José Luis.

—¡Vaya! ¡A saber de qué se trata, José Luis! —decía Penélope.

—Penélope, ¿llamó Odiseo? —preguntaba José Luis.

—¡Ah, sí! Llamó y dice que va a venir este fin de semana a verte a tu estudio —decía Penélope.

—Bien, Penélope —decía José Luis—. Me voy un rato al estudio.

José Luis se dirigía al estudio, encendía su computadora y mientras tanto sacaba unos manuscritos del cajón a su derecha del escritorio. Una vez que la computadora ya estaba encendida, entraba a su página oficial de Facebook y veía los mensajes que le habían llegado.

Empieza a leerlo, continua, a la mitad de los mensajes ve que alguien le escribe repentinamente.

Se detiene en uno de ellos que dice: «Mí querido José Luis, estoy esperándote con los brazos abiertos que vengas a mi querida tierra. Con afecto, Fedra».

José Luis se queda reflexionando y pensando.

—Fedra parece que fuera mi fan que más seguido me escribe en la página —piensa en voz alta José Luis.

Va hacia atrás hacia los mensajes más antiguos dentro de su página y vuelve a ver otro mensaje de Fedra. Lo empieza a leer.

«Si hay algo que me he propuesto en la vida, todo lo he logrado. Fedra», lee José Luis.

De nuevo José Luis se queda reflexionando sobre ese mensaje. Decide continuar hacia atrás para ver mensajes más viejos y se detiene en el próximo que dice: «Te estaré esperando cuando vengas a mi país. Hace dos años atrás que estuviste por última vez en mi tierra. Mi padre desde cuando yo era pequeña me ponía tus canciones. Fedra».

José Luis vuelve a leer el mensaje, se va de nuevo a los mensajes más nuevos. Se fija que los mensajes de Fedra dicen: «en mi tierra». José Luis se queda pensando en voz alta.

—¿Por qué no pone el país de donde es? —piensa José Luis—. ¿Qué oculta?

Va con el ratón de los mensajes más nuevos hacia los más viejos. Se detiene y observa.

—¡Es raro también que cada tres días escribe en mi página! —piensa José Luis.

Minutos más tarde, luego de un día muy agitado, sintiendo ya su cuerpo fatigado, apaga su computadora y se dirige al cuarto a dormir. Camino a su habitación se le vienen a la memoria varias vivencias anteriores.

—¿Que será de mis letras de las canciones que ya hacen más de veinte años que escribí? ¿Dónde habrán quedado esos recuerdos que me traían cada vez que las cantaba? —pensaba José Luis—. ¿Dónde habrá quedado ese público que me escuchaba hace cuarenta años? ¿Me seguirá escuchando? ¿Gustan todavía mis canciones a ese público que empezó conmigo al comienzo? ¿La nueva generación me seguirá?

José Luis llega a su habitación, entra, se desprende de la camisa para acostarse. Se sienta en la cama, se deja llevar por los pensamientos que traía mientras caminaba hacia la habitación. Sin haber pasado varios minutos, se levanta y se dirige nuevamente a su estudio.

Cuando llega a su estudio, prende la computadora. Mientras espera que su computadora esté lista para ser usada, él se dirige a

un armario en donde tiene muchos archivos de sus canciones y lo abre.

—¿Qué serán de esos archivos que contienen esas letras que todavía no he publicado? —reflexionaba José Luis—. ¿Alguna vez llegarán a conocerse por mi público? Si yo no lo hago, ¿quién seguirá con estas letras que están en potencia para transformarse en canciones?

Mientras José Luis continuaba pensando, su cansancio ya empezaba a sentirse con más intensidad, pero la marcada ansiedad lo distraía del sueño.

En medio de ese silencio, irrumpía un grillo que pasaba desapercibido dado a que la percepción de José Luis Perales estaba un poco sofocada en sus pensamientos, trasladando su energía hacia en su interior.

—Si ya me retirara, ¿qué haría de mi vida? —pensaba José Luis.

Dicho ese último pensamiento, volvía al escritorio en donde estaba la computadora y se sentaba.

—¿Por qué se me ocurrió este pensamiento? ¿De dónde salió esa cuestión, si yo nunca he pensado en retirarme todavía? —pensaba José Luis—. ¿Qué te ocurre, José Luis? ¿Estás bien? —se cuestionaba José Luis—. ¿Y si es una intuición?

Una vez me escapé a la pregunta que me hizo Penélope, pero al final de cuentas, yo siempre me escapaba a esa cuestión.

¿No sé por qué se le había ocurrido a Penélope preguntarme seguido que iba hacer yo el día que me quedara sin público? Pero de lo que estoy seguro es que el día que ya a nadie le interesen mis canciones y mis conciertos y si cada vez viniese menos gente, habrá llegado el momento tal vez de no subir a los escenarios, recordaba José Luis la pregunta que le había hecho su mujer hacía muchos años atrás.

¡Necesito el cariño del público, es mi alimento! ¡El día que pase desapercibido no toleraría esa situación! O al menos si llega espero estar preparado, pensaba José Luis Perales. ¡Sin el calor de la gente no existo!

¿Por qué se me vienen últimamente estos pensamientos tan desalentadores? Como el que tuve el otro día, sobre si les pasa algo a mis cuerdas vocales. ¿No me estaré volviendo loco? ¡Intentaré cada vez que salga al escenario no tener tanto nervios y miedo! ¡Pareciera que a veces las emociones traicionan!, pensaba José Luis.

¡Basta de pensar, José Luis!, se decía, dándose ánimo. ¡Tienes que estar bien! ¡Se me aproxima ahora algo maravilloso para mi vida! ¡Una gira internacional jamás vista a nivel mundial! ¡Llegaré a lugares jamás antes visitados!

José Luis se levantaba yendo a su archivo digital en el cual tenía almacenadas todas sus canciones. Se ponía a buscar. Empezaba una búsqueda y en el medio de esa búsqueda se detuvo en una.

—«Mientras duermen los niños» —leía José Luis—. ¡Oh! ¡Cuántos años ya tiene esta canción!

La seleccionaba para escucharla, ajustaba el volumen para que estuviera bajo en decibeles para no despertar a Penélope y le daba al *play* para escuchar:

Vamos a romper  
este silencio hoy,  
es hora de hablar,  
los niños duermen ya.  
me vas a contar  
que está pasándote,  
tus ojos no me miran....

Terminaba de escuchar José Luis su canción de varios años atrás con una cierta melancolía.

Habiendo terminado de escuchar la letra de la canción, José Luis empezaba a recordar:

—¿Te acuerdas, José Luis, cuando escribiste una canción y yo te critiqué por la letra? —decía Penélope.

—¡Sí, Penélope, cómo no me voy a acordar! Si fuiste muy dura conmigo —decía José Luis.

—¡Es que esa letra no concordaba con tu estilo! —decía Penélope.

—¿Cómo que no concuerda con mi estilo? —decía José Luis.  
—¡No te imagino cantando tú esa canción! —decía Penélope.  
—¡No te entiendo, Penélope! Si yo he escrito de muchos temas y si bien a veces no has estado de acuerdo, pero nunca me has dicho que no es de mi estilo.

—¡No importa, José Luis! ¡Olvídalo, era mi opinión! —decía Penélope.

—¡¡Discúlpame, pero no he entendido tu crítica! —decía José Luis.

—¡Esa canción siempre te va a traer recuerdos! —decía Penélope.

—¿Qué dices, Penélope?

—¡Qué esa canción siempre la recordarás en el futuro!

—¡Que esa canción siempre la recordarás en el futuro! —terminaba de recordar José Luis de su sueño despierto que había tenido.

Se levantaba muy despacio José Luis con cierta pereza y con suspiro.

—¡Espero que una musa me explique todo esto que me está pasando! —se decía José Luis con voz tenue.

Se dirigía a un rincón, se tomaba unos segundos mientras permanecía en ese lugar envuelto en el profundo silencio de la noche, que era lo único que lo acompañaba.

Se daba la vuelta desplazándose hacia donde se encontraban sus equipos. Llegaba al lugar, estiraba su mano derecha dirigiéndola a donde estaba su archivo digital y lo apagaba, luego hacía lo mismo con su computadora.

—¡Me voy a dormir, no vaya a ser que esto que me está pasando a mí ahora sea obra de Apolo que me cambió de musa! —se decía José Luis en voz alta.

Dicho eso apagaba las luces del estudio y muy despacio se iba a dormir.

Ya tiene todo listo para que la idea de Sófocles se transforme en hecho y sea consumada. Marcus había convencido a su mujer de la inseminación artificial.

Camino al laboratorio, llama Marcus a Sófocles diciéndole que Eurípides había tenido un accidente en el trabajo y lo habían internado en el hospital en donde Sófocles trabaja.

Cuando conoció la noticia fue al lugar y, como era muy reputado como genetista y director del centro, entró cuando estaba en terapia, pidió tomarle una muestra del epitelio. Esto nadie lo supo y lo conservó en secreto.

Pasado un tiempo se recupera Eurípides y deciden seguir con el tratamiento de inseminación como lo había programado Marcus con su mujer.

Sófocles lleva adelante el proceso. Le explica a Marcus y a su mujer Iulia.

Pasado el tiempo de embarazo y con éxito, nace el hijo de Marcus y Iulia, de nombre Juancale.

Era una mañana con algo de neblina. Dos amigas se juntaban a estudiar muy temprano porque se aproximaban los exámenes en la facultad.

—Y Fedra, ¿cómo te han ido estos últimos días en la consulta? —le preguntaba la amiga.

—No he podido ir porque he estado haciendo unas cosas y no he estudiado mucho —decía Fedra—. ¿Y a ti cómo te ha ido, Helena?

—Tampoco he podido estudiar porque he estado ayudando a mi hermano, que se ha cambiado de departamento —decía Helena.

—Helena, ¿te puedo pedir una opinión? —decía Fedra.

—¡Sí, seguro, Fedra!, ¿sobre qué hay que opinar? —preguntaba Helena.

—¿Tú crees que José Luis Perales mira su página oficial de Facebook? —preguntaba Fedra.

—¡Qué pregunta que me haces Fedra! No lo conozco en persona, por lo tanto, opinar sobre una persona que tú solamente conoces como artista y no realmente en su vida diaria, sus sentimientos, es difícil opinar. Aparte, ellos como artistas



tienen que poner un poco de límite a su vida privada —decía Helena.

—Yo entro a su página todos los días y veo muchos mensajes que le escriben, pero él no contesta —decía Fedra.

—¡Pero si tiene una página para algo debe ser! —decía Helena.

—Tal vez para promocionarse él, hacer publicidad —decía Fedra.

—¿Tú acaso no eres su fan? —decía Helena.

—¡Así es, Helena! —contestaba Fedra.

—Así como tú eres fan, hay muchos otros que también lo son y además de diferentes países —decía Helena.

—Yo le he mandado muchísimos mensajes y no me ha contestado a ninguno —decía Fedra.

—¿Te imaginas si tiene que contestar a todos los mensajes que le envían? Se le va la vida contestando mensajes —decía Helena.

—Pero de todos los que le escriben, yo soy la que más veces le he mandado mensajes —decía Fedra.

—Pero, Fedra, ¿alguna vez él ha contestado algo? —preguntaba Helena.

— ¡Sí, generalmente responde a los que suben vídeos! —decía Fedra.

— ¡Ah, entonces, responde y, por lo tanto, ve la página! ¡No significa que porque no te conteste no vea la página! —decía Helena.

—Sí, puede ser —decía Fedra.

—También puede ser que no le guste contestar —decía Helena—. Aparte, cuál es el problema si no te contesta, ¿acaso tu dejarías de ser fan de él?

—No, no significa que lo dejaré de seguir, sino que quiero saber si él lee los mensajes que le escribimos en Facebook —decía Fedra.

—¡Por eso no te preocupes, Fedra! ¡Si él abrió una página es porque lo ve y además le interesa! —decía Helena.

—Me deja más tranquila escucharte, Helena. Para terminar y no perder más tiempo de estudio, tengo la esperanza de que alguna vez me va a contestar —decía Fedra.

—¡Así será, Fedra! —decía Helena.

Luego de ese tiempo de dialogo continuaron estudiando hasta el mediodía.

—Es hora de irme, Fedra —decía Helena.

—Bien, Helena, hemos hecho mucho hoy —decía Fedra.

—Después te llamo para ver cuándo nos juntamos de nuevo —decía Helena.

—Perfecto —decía Fedra.

Fedra la acompañaba hasta la puerta para despedir a su amiga.

—¡Que termine bien el día, Helena! —decía Fedra.

—¡Igualmente para ti, Fedra! —decía Helena.

Después del saludo, Fedra entraba a su casa y se dirigía a su habitación. Pasaba por la cocina encontrando a su padre bebiendo un café.

—¿Cómo va hija con tus estudios? —preguntaba el padre.

—¡Bien, padre! —contestaba Fedra.

—Me alegro. ¿Te vas a presentar en la próxima mesa? —preguntaba el padre.

—Así es, padre. Voy a llegar más segura a la mesa —decía Fedra.

—¿Seguro, hija, que todas tus cosas van bien? —preguntaba el padre.

—¡Sí, padre, no te preocupes! —decía Fedra.

—¿Qué ha sido entonces el motivo que no te ha podido presentar antes al final? —decía el padre.

—Es que últimamente he tenido la cabeza en otra cosa, pero ya estoy más fresca —decía Fedra.

—Me alegro de que así sea, hija —decía el padre—. Si tienes algún otro problema, cuenta conmigo.

—Y a ti, padre, ¿cómo te va en la compañía? —decía Fedra.

—¡Muy bien, hija! Casualmente mañana vienen unos alemanes y japoneses para tratar lo último de este plan de construcción de robots de última generación —decía el padre

—¿Cómo es ese proyecto multinacional? —preguntaba Fedra.

—Es un proyecto en el que participan científicos de muchas disciplinas de los cinco continentes con muy buena reputación. Yo

soy el director del servicio de inteligencia artificial y, por lo tanto, tengo que estar en todos los coloquios que se hacen semanalmente. En este último coloquio presentamos lo último que estamos haciendo —decía el padre.

—¿Y de qué se trata ese último plan, padre? —preguntaba, Fedra.

—Estamos probando con hombres elegidos voluntariamente en el cual se le agregan nanopartículas que unos químicos pudieron sintetizar y, que si da buenos resultados, va a revolucionar el mundo de las comunicaciones.

»Dado a que la comunicación es de cerebro del hombre a la del cerebro artificial de los robots, estas nanopartículas se inyectan en la sangre y por su pequeño tamaño pueden atravesar las barreras hematoencefálicas y depositarse en unas zonas específicas del cerebro, en la amígdala cerebral, encargada de las reacciones emocionales. Otras en cambio como son específicas y se van a unir a sitios donde encuentres receptores específicos que según donde estén marcados esas partículas van a ir a otras partes del cerebro uniéndose específicamente.

»Esto fue lo sorprendente que hicieron los científicos que según a que parte quieren que vayan estas moléculas, las marcan con esos receptores específicos. Esto hace que, cuando el hombre piense, mande señal a estas nanopartículas que actúan como emisores de un tipo especial de frecuencias y esas radiaciones actúan directamente sobre los sensores ubicados en el cerebro artificial de los robots para que ejecuten las distintas órdenes provenientes del pensamiento del hombre.

»Por eso, estos son los robots de última generación, ya que no se programan como lo eran los primeros robots que salieron sino que reciben los pensamientos de los hombres.

»En estos robots cuasi inteligentes intervinieron un grupo de científicos alemanes, japoneses, suizos, e ingleses —comentaba su padre.

—Padre, qué interesante que está tu trabajo —decía Fedra.

—¡Realmente, hija, me apasionan mucho los avances que hemos logrado hasta ahora! —decía el padre—. Todavía nos quedan varios retos.

—Padre, a ver si entendí bien —dice Fedra—, Los robots no necesitan ser programados y, si yo tuviera uno de esos, pensando solamente en lo que quiero, él haría esa orden.

—Pero, hija, necesitarías unos microsensores que vienen a la manera de una gorra y ponerla en tu cabeza que serían quienes tomarían tus frecuencias cerebrales y lo transcribirían esas frecuencias convirtiéndola en emisores —decía el padre.

—¡Ya entendí, padre! —decía, Fedra.

Mientras estaban terminando la conversación, sonaba el teléfono.

—¡Atiendo yo, padre! —decía Fedra.

—¡Gracias, hija! —decía el padre.

—¡Sí, hable, Fedra en el teléfono! —decía Fedra.

—¡Buenos días, señorita Fedra!, ¿estaría el señor Aquiles? —preguntaba el hombre que había llamado.

—Si, él está acá, aquí se lo paso —decía Fedra.

—¡Muchas gracias, señorita Fedra! —decía el hombre.

—Padre, para ti la llamada —decía Fedra.

El padre venía y asía el teléfono.

—¡Sí, hable! —decía el padre.

—¡Oh, Aquiles! ¿Cómo estás? —decía el hombre que había llamado.

—¡Eh, mi querido Plauto, qué gusto escucharte! —decía Aquiles.

—¡Lo mismo digo yo, mi querido Aquiles! —decía Plauto—. ¡Qué ganas de escucharte que tenía! Te quería avisar de que mañana estaré viajando a España y me gustaría conversar contigo acerca de la próxima reunión, ya que en el último mes no pude participar, aunque lo he estado siguiendo y he visto que tienen cosas interesantes.

—¿Qué te parece si nos juntamos pasado mañana en mi oficina? —decía Aquiles.

—Perfecto, Aquiles. Entonces quedamos así. Más o menos estaré pasando a las nueve de la mañana por tu oficina —decía Plauto—. No te quito más tiempo.

—No hay problema, Plauto. Nos estamos viendo pasado mañana —decía Aquiles.

—Bien, Aquiles. Un saludo cordial —decía Plauto.

—Otro para ti, Plauto —decía Aquiles.

Terminada la comunicación, Aquiles asía el saco y se dirigía a la compañía en donde trabaja.

